

# *La segunda Guerra Fría y el desplazamiento del balance de fuerzas en Europa*

*Guillem Colom*

Universidad Pablo de Olavide

*Resumen:* A final de la década de 1970, el equilibrio estratégico europeo se había inclinado a favor del Pacto de Varsovia. El fiasco estadounidense en Vietnam, el incremento de la brecha militar con la Unión Soviética o la creencia de que la Alianza Atlántica sería incapaz de detener una agresión soviética hacían presagiar una guerra en Europa. Sin embargo, en cinco años esta situación se transformó y la correlación de fuerzas se desplazó hacia el bando aliado. El artículo repasa los elementos que transformaron el balance estratégico europeo.

*Palabras clave:* euromisiles, OTAN, Pacto de Varsovia, opciones selectivas, estrategia de compensación.

*Abstract:* At end of the 1970s, the European strategic balance had changed in favour of the Warsaw Pact. The American failure in Vietnam, the growing military gap with the Soviet Union and the belief that NATO would be incapable of preventing a Soviet attack presaged a war in Europe. However, in five years this situation changed and the balance of forces shifted to the Allied side. The article analyses the elements that transformed the European strategic balance.

*Keywords:* Euromissiles, NATO, Warsaw Pact, selective options, off-set strategy.

## Introducción

Iniciada con la invasión de Afganistán y el despliegue de los *euromisiles* en 1979 y finalizada con el restablecimiento de las relaciones entre Washington y Moscú en 1984, la segunda Guerra Fría estuvo marcada por una enorme tensión y desconfianza entre ambos bloques. Aunque en 1975 el acta final de Helsinki había significado un hito en la distensión este-oeste, ambas superpotencias se hallaban en un dilema de seguridad: el equilibrio del terror que proporcionaba la Destrucción Mutua Asegurada (Mutual Assured Destruction, MAD) evitaba un conflicto total pero no imposibilitaba una guerra nuclear limitada en Europa. Además, el desequilibrio estratégico en el continente se había ampliado peligrosamente: Estados Unidos había sufrido un humillante revés en Vietnam y muchos temían que el país había abandonado la carrera de armamentos con la Unión Soviética<sup>1</sup>. Por su parte, la Alianza Atlántica observaba con temor la modernización del arsenal soviético y muchos miembros recelaban del vínculo trasatlántico porque creían que Washington se estaba desvinculando de la seguridad europea y buscaba compromisos bilaterales con Moscú<sup>2</sup>.

Cuando el Ejército Rojo perfiló los nuevos planes de operaciones para invadir Alemania sin que la OTAN pudiera responder con armas nucleares y desplegó sus misiles en la frontera soviética, la segunda Guerra Fría empezó a configurarse y los peores miedos de Occidente se hicieron realidad. Sin embargo, esta amenaza manifiesta motivó que Washington emprendiera profundos cambios en su doctrina militar y en las capacidades de sus ejércitos, que logra-

---

<sup>1</sup> Ésta era la idea sobre la que se basaba el concepto de ejército vacío (*bollow army*), forjado para definir la situación de las fuerzas armadas durante la Administración Carter, caracterizada por el deterioro de sus capacidades militares a raíz de la reducción en el gasto en defensa y la obsolescencia de muchos de sus materiales, la baja moral de los mandos y la tropa o la falta de materiales básicos y fondos para el adiestramiento. Frank JONES: *A «Hollow Army» Reappraised: President Carter, Defense Budgets and the Politics of Military Readiness*, Carlisle, US Army Strategic Studies Institute, 2012.

<sup>2</sup> Raymond GARTHOFF: *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, Washington, Brookings Institution, 1994, pp. 940-944.

ron invertir esta situación y alterar de manera definitiva el balance de fuerzas en Europa.

Precisamente, este trabajo pretende analizar los aspectos militares del desequilibrio estratégico cuyo cénit se produjo durante la segunda Guerra Fría. Para ello, se empezará observando la configuración de la amenaza soviética —materializada en la redefinición de los planes de invasión de Europa y el despliegue de nuevos misiles capaces de batir cualquier punto del continente— y se acabará analizando las respuestas estadounidense y aliada que, articuladas en torno al replanteamiento de la estrategia nuclear, el diseño de una estrategia para compensar la superioridad cuantitativa soviética y la elaboración de una doctrina militar enfocada a contener una invasión sin recurrir al empleo de ingenios atómicos, alteraron definitivamente el balance de fuerzas en Europa y sentaron las bases del debate acerca de una posible revolución en el arte militar.

### La amenaza soviética

A pesar del clima de distensión que vivía Europa en la década de 1970, el balance estratégico en la región se había inclinado a favor del Pacto de Varsovia. La debacle estadounidense en Vietnam, la brecha militar con la Unión Soviética o la incapacidad aliada para detener una agresión soviética constituían los principales temas de debate en los círculos estratégicos de ambos bloques. Precisamente en esta coyuntura se comenzó a configurar la *Revolución Ogarkov* y la crisis de los *euromisiles*.

En 1977, coincidiendo con la reformulación de la estrategia naval soviética para disputar el control de los océanos a Estados Unidos<sup>3</sup>, el mariscal Nicolai Ogarkov fue nombrado jefe de Estado Ma-

---

<sup>3</sup> Sergei Gorskhov —almirante de la Flota entre 1956 y 1985— planteó una estrategia basada en los principios de presencia, control, proyección y disuasión mientras intentaba crear una flota oceánica con portaaviones y escoltas. No obstante, estos elementos sirvieron para que la Administración Reagan elaborara una nueva estrategia naval enfocada a explotar las vulnerabilidades soviéticas. Basada en la construcción de más y mejores buques (precisamente es entonces cuando se propone la *Armada de los 600 navíos*, se integran en red todos los elementos de la flota y el sistema antiaéreo *AEGIS*, base del escudo antimisiles estadounidense, entra en servicio) y la implementación de una agresiva estrategia orientada a negar el

yor de la Defensa de la Unión Soviética. Una vez en el cargo, éste promovió una revolución en el arte operacional ruso al fomentar el estudio de los tratadistas militares de la etapa de entreguerras. Estos estrategas, entre los que destacan Tukhachevsky, Varfolomeev, Svechin o Triandafillov, descubrieron el Arte Operacional —el nivel de la guerra que enlaza lo táctico con lo estratégico—<sup>4</sup> y plantearon la Batalla Profunda, basada en la conducción de operaciones ofensivas más allá de las líneas de frente mediante el empleo combinado de fuerzas terrestres y aéreas<sup>5</sup>.

Aunque estos planteamientos revolucionaron el pensamiento militar ruso, influenciaron el desarrollo de la *Blitzkrieg* con la que Hitler invadió media Europa y sentaron las bases de la guerra de maniobra con la que la Unión Soviética derrotó a Alemania, estos tratadistas fueron repudiados por Stalin y sus reflexiones borradas de la teoría militar oficial del país<sup>6</sup>. No obstante, la relectura de estas tesis planteadas en los años veinte y treinta estableció las bases de la *Revolución Ogarkov*, que entrañaría una profunda transformación del arte operacional ruso, condicionaría la evolución doctrinal estadounidense y sentaría los pilares de una revolución en el arte de la guerra<sup>7</sup>.

La *Revolución Ogarkov* se plasmó en el diseño de planes de operaciones en teoría capaces de facilitar la invasión de Europa

---

control del mar a la flota soviética y obligarla replegar los submarinos lanzamisiles a las costas del país o el Mar Negro, posibilitando con ello su destrucción en caso de guerra nuclear.

<sup>4</sup> Más específicamente, éste puede definirse como: «... a subset of military art, employed tactics and logistics to resolve a series of tactical problems that together were intended to achieve an intermediate aim within a campaign». Justin KELLY y Mike BRENNAN: *Alien: how operational art devoured strategy*, Carlisle, SSI-USAWC, 2009, p. 41.

<sup>5</sup> Aunque existen varias obras que estudian el Arte Operacional soviético y su influencia en la guerra contemporánea, las siguientes son de referencia obligada: David GLANTZ: *Soviet Military Operational Art: In Pursuit of Deep Battle*, Nueva York, Frank Cass, 2008, o Shimon NAVEH: *In Pursuit of Military Excellence, the Evolution of Operational Theory*, Londres, Frank Cass, 1997.

<sup>6</sup> David GLANTZ: «Soviet Operational Art Since 1936: The Triumph of Maneuver War», en Michael KRAUSE y Cody PHILLIPS: *Historical Perspectives of the Operational Art*, Washington, US Army Center of Military History, 2005, pp. 247-292.

<sup>7</sup> Mary FITZGERALD: «Marshal Ogarkov on the Modern Theater Operation», *The Journal of Conflict Studies*, 6-3 (1986), pp. 39-58.

central sin que la Alianza Atlántica pudiera responder con armamento atómico<sup>8</sup>. Esto sería posible mediante la conducción de operaciones convencionales a gran escala que, lideradas por los grupos de maniobra mecanizados desplegados en el famoso saliente de Fulda con el apoyo de la aviación táctica desplegada en bases avanzadas, llevarían el peso de la ofensiva<sup>9</sup>. Apoyada por unidades aerotransportadas y fuerzas de operaciones especiales que operarían tras las líneas enemigas y ataques de saturación con misiles armados con ojivas convencionales, se esperaba que esta vanguardia pudiera penetrar rápida y profundamente en territorio aliado, barriendo sus líneas de defensa avanzadas y conquistando posiciones estratégicas en Alemania.

Este movimiento impediría que tanto las fuerzas terrestres (superadas en número, separadas de sus apoyos y aisladas de sus cuarteles generales) como la aviación táctica de la OTAN (situada en aeródromos cercanos a la línea de frente)<sup>10</sup> pudieran emplear armas nuclea-

---

<sup>8</sup> De hecho, estos planes se evaluaron por primera vez en el ejercicio *Zapad 77* para coordinar un ataque contra el frente central de la OTAN y en el *Soyuz 78* para la invasión de su frente centro-sur. Diego RUIZ-PALMER: «The NATO-Warsaw Pact Competition in the 1970s and 1980s: a Revolution in Military Affairs in the Making or the End of a Strategic Age?», *Cold War History*, 14-4 (2014), pp. 533-573.

<sup>9</sup> Situado entre los *länder* de Hesse y Turingia, el saliente de Fulda era considerado por la OTAN como la principal ruta de ataque soviética, seguida por las tierras bajas del norte de Alemania, los corredores de Hof y Gotinga o el valle del Danubio en Austria. Su geografía permitía el empleo masivo de fuerzas mecanizadas que podrían tomar Frankfurt —uno de los principales centros demográficos e industriales de la República Federal de Alemania— en un breve lapso de tiempo a la vez que bloqueaban la retirada de las fuerzas estadounidenses en el Rin. El dominio de este enclave no sólo proporcionaría al Pacto de Varsovia el control sobre los principales aeródromos avanzados de la OTAN, sino también permitiría dividir Alemania en dos y aislar a las fuerzas aliadas situadas en el sur del país. En consecuencia, no es extraño que Washington destinara a todo su V Cuerpo de Ejército —el mejor equipado del país— para defender este saliente. Para conocer con más detalle todos los factores vinculados con las distintas rutas de ataque soviéticas es fundamental la lectura de los siguientes trabajos de John MEARSHEIMER: «Maneuver, Mobile Defense, and the NATO Central Front», *International Security*, 6-3 (1981), pp. 104-22, e íd.: «Why the Soviets Can't Win Quickly in Central Europe», *International Security*, 7-1 (1982), pp. 3-39.

<sup>10</sup> En este sentido, recuérdese que en virtud de los acuerdos de participación nuclear (*nuclear sharing*), varios países de la OTAN disponían de medios militares preparados para lanzar las armas nucleares tácticas que Washington ponía a disposición de la organización.

res tácticas para repeler la agresión sin arriesgar la vida de civiles, ya que el ataque sorprendería a las defensas aliadas y en pocas horas el Ejército Rojo habría alcanzado sus principales objetivos<sup>11</sup>. Además, esta acción tampoco debería motivar una escalada nuclear, puesto que ni Washington ni Londres, como responsables del arsenal aliado, estarían dispuestos a iniciar un intercambio atómico por una crisis limitada en Europa<sup>12</sup>. Finalmente, al no contemplar ni la invasión de Francia ni la destrucción de las fuerzas galas desplegadas en territorio alemán, Ogarkov asumía que París se mantendría al margen de la agresión<sup>13</sup> y no utilizaría su *force de frappe* contra Moscú<sup>14</sup>. Al obtener una victoria rápida y decisiva pero limitada, desactivar la opción atómica y explotar el temor estadounidense de verse envuelto en una guerra total debido a una crisis limitada<sup>15</sup>, el general consideraba que

---

<sup>11</sup> De hecho, los analistas occidentales también asumían que una acción en Europa sería rápida porque: 1) Moscú no podría soportar una guerra de atrición debido a la capacidad industrial y demográfica aliada; 2) los costes económicos serían prohibitivos para el país; 3) el Ejército Rojo no estaba preparado para largas campañas; 4) incrementaría el riesgo de que China abriera un segundo frente contra Rusia; 5) los miembros del Pacto de Varsovia se rebelarían, y 6) aumentaría el riesgo de desatarse un conflicto nuclear. *Ibid.*, pp. 4-5, o Ross JOHNSON, Robert DEAN y Alexander ALEXIEV: «The Armies of the Warsaw Pact Northern Tier», *Survival*, 23-4 (1981), pp. 174-182.

<sup>12</sup> Aunque todos los aliados excepto Francia participaban en el Grupo de Planes Nucleares y varios albergaban armas atómicas en su territorio bajo control estadounidense, la decisión sobre su empleo recaía sobre Londres (con la *interdependencia nuclear* basada en el planeamiento conjunto con la Alianza y la opción de empleo unilateral británica) y Washington (con un planeamiento combinado y la opción de empleo unilateral estadounidense).

<sup>13</sup> Recuérdese que Francia había salido de la estructura militar integrada en 1966 y disponía de su propio programa nuclear. Así, aunque en la segunda línea del frente alemán había desplegadas fuerzas galas equipadas con ingenios nucleares tácticos, el Elíseo ostentaba el control absoluto sobre su despliegue, composición o empleo. Además, mantenía la represalia masiva —basada en la *dissuasion du faible au fort*— como base de su doctrina atómica.

<sup>14</sup> No obstante, en virtud de los acuerdos confidenciales *Valentin-Ferber* (1974) y *Biard-Schulze* (1978), Francia participaba en los planes de contingencia aliados (de hecho, el Primer Ejército galó participaría en las contraofensivas del saliente de Fulda y del Danubio) y en caso de guerra coordinaría sus ataques aéreos convencionales y permitiría a la OTAN utilizar su espacio aéreo. Diego RUIZ-PALMER: *The NATO-Warsaw...*, pp. 560-565.

<sup>15</sup> El análisis de estos escenarios puede hallarse en John MEARSHEIMER: «Why the Soviets...», pp. 5-28, y Graham VERNON: *Soviet Options for War in Europe: Nuclear or Conventional?*, Washington, National Defense University, 1979.

la Unión Soviética podría conseguir un indiscutible triunfo estratégico en el continente sin que ello entrañara una escalada de consecuencias imprevisibles para ambos bloques<sup>16</sup>.

Precisamente, uno de los elementos relacionados con esta reformulación del arte operacional soviético —el despliegue de misiles equipados con cabezas convencionales capaces de batir con precisión los objetivos de la retaguardia aliada— alcanzaría una gran popularidad a principios de la década de 1980 con la crisis de los *euromisiles*. Ésta arrancó en 1979, cuando Moscú comenzó a desplegar en la frontera occidental rusa misiles RT-21M (*SS-20 Saber* según designación OTAN) para reemplazar a los obsoletos R-12 (*SS-4 Sandal*) y R-14 (*SS-5 Skean*)<sup>17</sup>. Con un alcance máximo de 5.500 kilómetros y un error circular de 500 metros, equipados con ojivas múltiples<sup>18</sup> y lanzados desde vehículos, estos misiles balísticos de alcance intermedio capaces de montar tanto cabezas convencionales como nucleares, químicas o biológicas no sólo podían lanzar más carga bélica a mayor distancia y mejor precisión que sus antecesores; sino que también sus lanzaderas móviles los hacían más rápidos de disparar, más difíciles de detectar y virtualmente imposibles de destruir en tierra<sup>19</sup>. Para la inteligencia occidental, es-

---

<sup>16</sup> Mary FITZGERALD: *Marshall Ogarkov and Modern War...*, pp. 9-16, o John HINES, Phillip PETERSEN y Notra TRULLOK: «Soviet Military Theory from 1945-2000: Implications for NATO», *Washington Quarterly*, 9 (1986), pp. 117-37. Una crítica a esta hipótesis puede hallarse en Christopher DONNELLY: «Tactical Problems Facing the Soviet Army: Recent Debates in Soviet Military Press», *International Defense Review*, 11-9 (1978), pp. 1405-1412.

<sup>17</sup> De hecho, la inteligencia occidental ya conocía la existencia de estos misiles cuando éstos todavía no habían entrado en servicio. Precisamente, éstos fueron la principal justificación para desarrollar el *Pershing II* e implementar el programa «Long Range Theatre Nuclear Forces» (LRTNF) para modernizar los medios aliados y que se plasmó en los misiles *Pershing II* y *Tomahawk*. Thomas McNAUGHTER y Theodore PARKER: *Modernizing NATO's Long Range Theater Nuclear Forces: an Assessment*, Santa Mónica, RAND Corporation, 1980.

<sup>18</sup> A diferencia de sus antecesores, cada RT-21M podía montar tres cabezas de guerra que se separarían del misil a lo largo de su trayectoria, permitiendo que cada vector pudiera batir tres objetivos de forma simultánea e impidiendo que las defensas aliadas identificaran los objetivos del mismo.

<sup>19</sup> Con independencia de sus características, téngase en cuenta que el problema de fondo del RT-21M radicaba en que era un misil balístico de alcance intermedio. Concebido como un arma de teatro capaz de batir objetivos tras las líneas enemigas y actuar como nexo entre el nivel táctico y el estratégico, éste tiene un alcance

tas características parecían demostrar que los RT-21M eran armas de primer golpe en caso de conflicto nuclear y su despliegue en la frontera soviética era la antesala de la guerra<sup>20</sup>.

Al otro lado del Telón de Acero, el despliegue de los RT-21M no sólo respondía a la necesidad de reemplazar unos misiles ya obsoletos por nuevos sistemas más modernos, poderosos y susceptibles de apoyar la aplicación de los planes operativos diseñados por Ogarkov, sino también a la voluntad de expandir la influencia del Kremlin sobre Europa central y occidental. De hecho, esta arriesgada maniobra, que acabaría convirtiéndose en la última ofensiva soviética de la Guerra Fría, pretendía explotar las contradicciones e incoherencias de la estrategia defensiva aliada, utilizar el vacío existente en la OTAN de misiles balísticos de alcance intermedio, aprovechar el temor de Washington de verse envuelto en una guerra nuclear mediante la desvinculación de la defensa estadounidense de la europea<sup>21</sup> y valerse de los movimientos pacifistas europeos —especialmente el alemán, el holandés o el británico, muy activos durante la crisis de los *euromisiles* porque temían una guerra en Europa— para paralizar cualquier respuesta occidental<sup>22</sup>.

---

comprendido entre los 3.000 y los 5.500 kilómetros. Debido a su capacidad para batir todo el territorio europeo y su empleo como segundo peldaño de una escalada nuclear (tras el empleo de ingenios tácticos), estos misiles constituían un peligroso nexo entre una hipotética guerra limitada y un conflicto total.

<sup>20</sup> Aunque las doctrinas de primer golpe y contragolpe se diseñaron para guiar el empleo del armamento nuclear estratégico y fueron básicas tanto para desarrollar la triada nuclear —bombarderos estratégicos, *misiles balísticos intercontinentales* y *misiles balísticos de lanzamiento submarino*— como para alcanzar el punto de equilibrio estratégico de la MAD, en el escenario europeo esta capacidad de primer golpe buscaba otros objetivos: batir los blancos de mayor valor (los cuarteles generales aliados, las instalaciones que custodiaban su armamento atómico y sus bases aéreas) para degradar la capacidad de respuesta nuclear aliada y reducir la posibilidad de que Washington escalara contraatacando con armamento estratégico.

<sup>21</sup> Esta percepción —el despliegue de los RT-21M como una táctica para desvincular la defensa europea de la estadounidense al posibilitar una guerra nuclear limitada que no escalara hacia un intercambio estratégico— está muy extendida entre los expertos. No obstante, existen autores que relativizan esta posibilidad, siendo el caso más paradigmático el de Raymond GARTHOFF: *Deterrence and the Revolution in Soviet in Military Doctrine*, Washington, Brookings Institution, 1994, pp. 19-23.

<sup>22</sup> Gerhard WETTIG: «The last Soviet offensive in the Cold War: emergence and development of the campaign against NATO euromissiles, 1978-1983», *Cold War History*, 9-1 (2009), pp. 79-110.



Estos movimientos de Moscú paralizaron a la OTAN, puesto que parecían desmentir tanto el principio de escalada como la disuasión nuclear, que desde la codificación de la respuesta flexible en 1968 se habían convertido en los dos pilares de la estrategia aliada para mantener el *statu quo* en Europa<sup>23</sup>. En consecuencia, aunque la postura oficial era que las fuerzas convencionales y nucleares a disposición de la Alianza Atlántica eran suficientes para repeler un ataque del Pacto de Varsovia, Washington y Bruselas —que habían descuidado los planes convencionales a favor de la disuasión nuclear, algo inevitable dada la enorme desproporción en medios convencionales<sup>24</sup> y el prohibitivo coste de dotarse de un volumen de fuerzas similar al soviético<sup>25</sup>— se vieron forzados a preparar una respuesta que les permitiera mantener la capacidad de disuasión, repeler una hipotética invasión soviética y evitar una escalada bélica innecesaria e imprevisible. Implementadas en la primera mitad de la década de 1980, estas respuestas alterarían definitivamente el balance de fuerzas en Europa.

---

<sup>23</sup> Instaurada por el presidente Kennedy en 1961 para desvincular la defensa norteamericana de la europea y posibilitar una guerra nuclear limitada entre la Alianza Atlántica y el Pacto de Varsovia, la respuesta flexible se fundamenta en la posesión de una amplia gama de opciones bélicas que, proporcionadas a la agresión sufrida, permitan controlar la escalada y superar el automatismo de la represalia masiva. Siete años después la OTAN adoptó este principio en el «Concepto Estratégico para la Defensa del Área de la Organización del Tratado del Atlántico Norte» (MC 14/3) y planteó una escalada basada en tres fases: 1) defensa directa convencional, que requería que la OTAN se dotara de fuerzas convencionales en número y calidad suficiente como para oponer cierta resistencia en las regiones avanzadas; 2) escalada deliberada mediante el empleo de armas nucleares tácticas para multiplicar el poder de las fuerzas convencionales y advertir a Moscú del riesgo de escalada hacia una guerra nuclear, y 3) respuesta generalizada, que comportaría el empleo de las fuerzas nucleares estratégicas anglo-estadounidenses y abriría paso a una guerra total. Robert JERVIS: *The Illogic of American Nuclear Strategy*, Ithaca, Cornell University Press, 1984, pp. 153-159.

<sup>24</sup> De hecho, las estimaciones militares de la época establecían que mientras el Pacto de Varsovia poseía 58 divisiones mecanizadas, la Alianza Atlántica tenía 28. No obstante, también asumían que en caso de ataque por sorpresa, Moscú solamente utilizaría 24 divisiones de vanguardia, por lo que el balance de fuerzas se decantaría hacia el ámbito aliado. Estos planteamientos pueden hallarse en SENATE ARMED SERVICES COMMITTEE: *NATO and the New Soviet Threat*, Washington, Government Printing Office, 1977, o Robert CLOSE: *The Feasibility of a Surprise Attack Against Western Europe*, Roma, NATO Defence College, 1975.

<sup>25</sup> LAWRENCE FREEDMAN: *La evolución de la estrategia nuclear*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992, pp. 369-371.

## La respuesta estadounidense

La *Revolución Ogarkov*, el despliegue de los RT-21M y la creencia de que la Alianza Atlántica sería incapaz de detener una agresión soviética hacían presagiar una guerra en el continente. Sin embargo, Washington y Bruselas plantearon una batería de medidas que permitieron alterar por completo esta situación y desplazar la correlación de fuerzas hacia el bando aliado.

La primera de estas respuestas comenzó a gestarse en 1979, cuando, para resolver la crisis de los *euromisiles*, la OTAN propuso una doble decisión por la que instaba a Moscú a reducir o cancelar el despliegue de los RT-21M a cambio de no desplegar 108 misiles balísticos de alcance medio *Pershing II* y 464 misiles de crucero *Tomahawk*. No obstante, factores como la negativa del Kremlin a aceptar estas condiciones, la invasión soviética de Afganistán, la no ratificación estadounidense del acuerdo SALT II<sup>26</sup>, la elección de Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos y la consolidación de la segunda Guerra Fría impidieron cualquier posible acuerdo para relajar la tensión<sup>27</sup>.

A medida que se acercaba la fecha elegida por la OTAN para emplazar sus misiles y los movimientos pacifistas incrementaban su actividad para impedir su despliegue —especialmente los *Tomahawk* porque parecían diseñados para posibilitar un conflicto nuclear limitado—<sup>28</sup> con el objetivo de lograr una Europa libre de armamento

---

<sup>26</sup> La segunda ronda de las Conversaciones sobre la Limitación de Armas Estratégicas arrancó en 1972 para acabar con el desarrollo y producción de armamento nuclear estratégico. Estos debates culminaron con el compromiso de reducir el número de vectores estratégicos y paralizar el desarrollo de nuevos misiles balísticos, y la aceptación soviética de no montar ojivas múltiples en los misiles intercontinentales de tercera generación, reducir su producción de bombarderos a baja cota y limitar sus fuerzas de alcance intermedio. Aunque el ejecutivo estadounidense no ratificó el tratado, ambas partes lo respetaron hasta 1986, cuando Washington se retiró del mismo. No obstante, éste sentó las bases del Tratado de Reducción de Armas Estratégicas firmado en 1991.

<sup>27</sup> Raymond GARTHOFF: *Détente...*, pp. 870-875.

<sup>28</sup> Más específicamente, Washington asumía que, en caso de necesidad, estos ingenios se habrían utilizado para decapitar el liderazgo político soviético, como herramienta de desescalada o apoyo a las opciones selectivas.

atómico<sup>29</sup>, el presidente Reagan propuso la *opción cero*, consistente en la retirada de los R-12, R-14 y RT-21M soviéticos a cambio de cancelar el despliegue de los misiles aliados. Aunque inicialmente Moscú rechazó este ofrecimiento por motivos políticos, finalmente acabó aceptando —porque temía que los misiles de crucero posibilitaban una guerra nuclear limitada<sup>30</sup> y los *Pershing II* permitían realizar un ataque de decapitación contra el Kremlin<sup>31</sup>— este acuerdo, que culminó en 1987 con la firma del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, que proponía la eliminación de estos sistemas de los arsenales de ambas potencias.

La réplica aliada al despliegue de los RT-21M se realizó en paralelo a la definición de la Estrategia de Compensación (*Countervailing Strategy*) que orientaría la doctrina nuclear estadounidense hasta el final de la Guerra Fría. Oficializada en la Directiva Presidencial 59 que el presidente Jimmy Carter firmó el 25 de julio de 1980, esta estrategia codificaba las *opciones selectivas*. Concebidas por el secretario de Defensa James Schlesinger en 1974 para refinar el equilibrio del terror, éstas pretendían eludir la contradicción de amenazar con armas nucleares en un escenario de paridad nuclear y MAD.

---

<sup>29</sup> De hecho, los movimientos pacifistas —que responsabilizaban a Washington de la escalada de tensión que se estaba produciendo en Europa— lanzaron la campaña «European Nuclear Disarmament» con la esperanza de eliminar las armas atómicas del continente. Esta iniciativa, que arrancó en 1980 en Londres, no sólo alcanzó una enorme popularidad y apoyo en toda Europa, sino que en el Reino Unido estas demandas coincidieron con la modernización de su arsenal atómico y la movilización masiva del «Campaign for Nuclear Disarmament». Patrick BURKE: *European Nuclear Disarmament: A Study of Transnational Social Movement Strategy*, Londres, University of Westminster, 2004.

<sup>30</sup> Este temor se debía a las características de los BGM-109G. Estos misiles de crucero —versión terrestre del *Tomahawk*— diseñados para volar a baja altura a velocidades subsónicas siguiendo la orografía del terreno, montaban una ojiva nuclear de diez kilotones y tenían un alcance de 2.500 kilómetros con una precisión de treinta metros. Muy difíciles de detectar, estos misiles permitían realizar ataques de precisión a grandes distancias.

<sup>31</sup> Un *Pershing II* desplegado en Alemania alcanzaría Moscú en seis minutos, proporcionando una capacidad de primer golpe nunca vista hasta la fecha. Además, un ataque de estas características no sólo estaría encaminado a la decapitación de poder político soviético, sino también a la destrucción de las líneas de comunicación entre los cuarteles generales y las fuerzas nucleares para degradar la capacidad de *contragolpe* soviética.

Las *opciones selectivas* contemplaban la posibilidad de mantener una guerra nuclear limitada que no escalara hacia un conflicto nuclear total mediante la conducción de ataques limitados —como aviso o como respuesta a una agresión soviética— contra los centros de poder y las fuerzas militares enemigas. Encaminada a recuperar la dialéctica atómica, esta doctrina pretendía aumentar la credibilidad de la disuasión estadounidense y conseguir, en caso de desatarse un conflicto nuclear, la rendición soviética para evitar su posible destrucción. En otras palabras, las *opciones selectivas* eran la clave para triunfar en una guerra nuclear limitada manteniendo, en última instancia, la MAD<sup>32</sup>.

Para garantizar la viabilidad de esta doctrina era necesario confeccionar un catálogo de opciones de respuesta nuclear limitada y adquirir vectores capaces de realizar ataques *contra-fuerza* de precisión con el objetivo de destruir los medios militares soviéticos<sup>33</sup>. Esta estrategia se materializaría durante los primeros años de la presidencia de Ronald Reagan con el establecimiento de la «Selección de Objetivos para el Empleo de Armas Nucleares» para fijar los blancos a batir<sup>34</sup>; la entrada en servicio de nuevos sistemas de armas —como los misiles balísticos *Peacekeeper* y *Trident*, los misiles de crucero *Tomahawk* o los bombarderos *B-1 Lancer*— capaces de conducir ataques nucleares de precisión y el desarrollo de una «Iniciativa de Defensa Estratégica» capaz de repeler un ataque con misiles y posibilitar un hipotético *tercer*

---

<sup>32</sup> Robert JERVIS: *The Illogic...*, p. 18, y John MEARSHEIMER: «Nuclear Weapons and Deterrence in Europe», *International Security*, 9-3 (1984), pp. 19-46.

<sup>33</sup> Esta decisión certificaba el replanteamiento de la estrategia nuclear. Hasta entonces se consideraba que un contragolpe buscaría la destrucción de los objetivos *contra-valor* como los centros económicos, políticos y de población enemigos, garantizando así la estabilidad de la disuasión. No obstante, en el plano práctico esta posibilidad difícilmente habría tenido lugar porque en 1962 —un año después de codificar la *respuesta flexible*— el secretario de Defensa, William McNamara, propuso la *doctrina no-ciudades*, por la que, en caso de ataque soviético, el contragolpe estadounidense no buscaría la destrucción de las ciudades rusas, sino de sus fuerzas. Esta declaración pretendía conseguir que el Kremlin descartara un ataque contra las ciudades norteamericanas y reforzar la capacidad negociadora de Washington con una importante baza que Moscú intentaría conservar.

<sup>34</sup> En inglés, este proceso se denominaba Nuclear Utilization Target Selection y su acrónimo era NUTS, que significa «locura». Este juego de palabras continúa la senda iniciada con la MAD, cuyas siglas significan «loco».

*golpe*, alterando así el equilibrio del terror y reforzando las *opciones selectivas*<sup>35</sup>.

Estos principios, encaminados a reforzar la capacidad disuasoria estadounidense, reducir la posibilidad de una guerra en Europa y evitar la escalada de un conflicto en el continente sin desvincular la defensa estadounidense de la europea, guiarían la doctrina nuclear del país hasta el fin de la Guerra Fría.

Precisamente, la decisión aliada de desplegar los *Pershing II* y los *Tomahawk* junto con la codificación de las *opciones selectivas* incrementaron los miedos de Moscú hasta el punto de imaginar que la OTAN se estaba preparando para iniciar un ataque nuclear. De hecho, este temor estaba tan extendido que el Kremlin no sólo emprendió la operación RYAN (Raketno-Yadernoye Napadenie o ataque con misiles nucleares) para determinar cuándo Washington pulsaría el botón atómico<sup>36</sup> o puso en alerta sus fuerzas estratégicas y redujo el umbral nuclear para anticiparse a un ataque de decapitación<sup>37</sup>, sino que en 1983 también estuvo a punto de iniciar una guerra atómica por un error de cálculo de su inteligencia<sup>38</sup>.

---

<sup>35</sup> Formulada en 1983, la «Guerra de las Galaxias» pretendía proteger Estados Unidos frente a un ataque con misiles, convirtiendo en inútil el arsenal soviético y alterando el frágil equilibrio que existía entre ambas potencias. El proyecto buscaba desarrollar una plétora de sistemas terrestres, aéreos y espaciales capaces de detectar, localizar, fijar y destruir los misiles atacantes, creando un escudo inexpugnable frente a cualquier ataque con misiles. Esta iniciativa fue duramente criticada, tanto por sus costes como por las limitaciones tecnológicas de la época. Aunque pronto se demostró que era imposible crear un escudo de estas características, la «Guerra de las Galaxias» permitió a Washington recuperar la iniciativa política a la vez que arrastró a la Unión Soviética a una carrera tecnológica y militar que su débil economía fue incapaz de soportar.

<sup>36</sup> RYAN fue una de las operaciones de inteligencia más ambiciosas de la historia soviética al movilizar al grueso de los agentes de la KGB que operaban en el exterior. Éstos vigilaron a todos los individuos que podían ordenar un ataque nuclear, todo el personal técnico y de servicio que podría estar involucrado y las instalaciones donde éste se iniciaría con el fin de alertar a las fuerzas estratégicas soviéticas para que lanzaran un *primer golpe* atómico. Arnav MANCHANDA: «When the Truth is Stranger than Fiction», *Cold War History*, 9-1 (2009), pp. 111-133.

<sup>37</sup> Además de poner en prealerta las fuerzas estratégicas y de automatizar el proceso de decisión, Moscú reemplazó la doctrina de *lanzamiento en ataque* (basada en el inicio del *contragolpe* nuclear una vez se tuviera constancia del ataque enemigo) por el *lanzamiento en alerta*, por la cual se iniciaría la represalia atómica cuando se tuviera constancia del inicio del ataque.

<sup>38</sup> Este hecho —considerado como el más peligroso de la Guerra Fría junto

Junto con estas acciones enfocadas a neutralizar la amenaza de los misiles soviéticos y posibilitar un conflicto nuclear limitado en el continente europeo se programaron otras iniciativas orientadas a resolver la ecuación convencional planteada por la *Revolución Ogarkov*. En primer lugar, para incrementar su capacidad disuasoria frente a una posible invasión del Pacto de Varsovia, la Alianza Atlántica adelantó el umbral nuclear con la sustitución del principio de no ser la primera en cruzarlo (*No First Use*) por no ser la primera en traspasarlo precipitadamente (*No Early First Use*)<sup>39</sup>. Y para complementar esta iniciativa Bruselas instó nuevamente a sus miembros para que incrementaran el volumen de sus ejércitos para facilitar la implementación de la *respuesta flexible* y así dificultar cualquier escalada bélica.

Aunque Bruselas era consciente de la imposibilidad de lograr la paridad en medios convencionales con el Pacto de Varsovia; en aquella coyuntura marcada por los efectos de la crisis de 1973, la debacle del modelo productivo industrial y la consolidación de una Era de la Información que transformaría las sociedades avanzadas, varios estrategias norteamericanos consideraron la posibilidad de combinar este aumento de efectivos con la mejora —mediante la

---

con la crisis de los misiles de 1962— se produjo en noviembre de 1983, coincidiendo con el *Able Archer 83*, un ejercicio de la OTAN que simulaba una escalada que culminaría con el lanzamiento de un ataque nuclear. El *Able Archer 83* era tan realista que la inteligencia soviética asumió que la Alianza realizaría un primer golpe en una semana, por lo que el Kremlin puso en alerta máxima sus fuerzas en Europa y se preparó para un contraataque nuclear. No obstante, esta situación terminó de golpe con la finalización del ejercicio. Los dos interesantes estudios que analizan este desconocido episodio que pudo desembocar en un conflicto nuclear son Benjamin FISCHER: *A Cold War Conundrum: the 1983 Soviet War Scare*, Langley, CIA Center for the Study of Intelligence, 1997, y Vojtech MASTNY: «How Able was “Able Archer”? Nuclear Trigger and Intelligence in Perspective», *Journal of Cold War Studies*, 11-1 (2009), pp. 108-123.

<sup>39</sup> Coincidente temporalmente con la codificación de las *opciones selectivas*, esta decisión provocó acalorados debates entre la comunidad de expertos porque muchos consideraban que la reducción del umbral atómico no incrementaba la disuasión, sino que facilitaba el empleo de ingenios nucleares en el nivel táctico como multiplicador del poder de las fuerzas convencionales. Estos debates pueden seguirse en: McGeorge BUNDY *et al.*: «Nuclear Weapons and the Atlantic Alliance», *Foreign Affairs*, 60-4 (1982), pp. 753-768; Steven CANBY e Ingemar DÖRFER: «More Troops, Fewer Missiles», *Foreign Policy*, 53 (1983), pp. 3-17, o Michael HOWARD: «Reassurance and Deterrence», *Foreign Affairs*, 61-2 (1982), pp. 309-324.

integración de las tecnologías emergentes en el campo de la informática, la electrónica o las telecomunicaciones— de las capacidades militares y el diseño de nuevos planes de contingencia de naturaleza defensiva u ofensiva<sup>40</sup>:

— Los partidarios de primar los planteamientos defensivos confiaban en la utilidad de las nuevas tecnologías —en especial las municiones guiadas, las armas anticarro o los misiles antiaéreos— para presentar una oposición convencional capaz de repeler un ataque del Pacto de Varsovia sin recurrir a la utilización de ingenios nucleares tácticos. Ello no sólo incrementaría la capacidad disuasoria de la OTAN y limitaría el riesgo de que Moscú iniciara una guerra en Europa, sino que si ésta finalmente tenía lugar también se reduciría la posibilidad de producirse una escalada nuclear porque las fuerzas aliadas podrían detener el avance enemigo. Los más acérrimos defensores de este enfoque no sólo confiaban en estas posibilidades, sino que sostenían que el empleo de estas tecnologías comportaría el surgimiento de un campo de batalla totalmente automatizado en el que el armamento convencional tendría la efectividad del nuclear pero sin el coste político, estratégico, militar, social o ambiental derivado de su empleo. Por esta razón, los ingenios atómicos, en especial los tácticos, acabarían desapareciendo de los arsenales de las principales potencias debido a su creciente inutilidad<sup>41</sup>.

— Los partidarios de las acciones ofensivas no descartaban el enfoque defensivo, pero consideraban conveniente complementarlo con el diseño de planes de operaciones ofensivos contra el Pacto de Varsovia. Muy similares a los planteados por Moscú tras la *Revolución Ogarkov*, éstos se fundamentarían en la conducción de ataques en profundidad contra objetivos situados en la retaguardia enemiga en los que se emplearían las tecnologías emergentes para reemplazar la inferioridad numérica aliada por la calidad del armamento y los materiales<sup>42</sup>.

---

<sup>40</sup> Shimon NAVEH: *In Pursuit...*, pp. 256-86. En este sentido, debe recordarse que si bien estas iniciativas intentaban mejorar las capacidades convencionales, el interés por la investigación tecnológica continuó mediante la elaboración de la «Emerging Technology Initiative» y la «Conventional Force Improvement Initiative».

<sup>41</sup> Frank BARNABY: *The Automated Battlefield*, Nueva York, Free Press, 1986.

<sup>42</sup> Geoffrey RECORD: «Europe's Conventional Defense», en Stephen CIMBALA

La combinación de estos debates tecnológicos con los nuevos desarrollos doctrinales sentaría las bases de la respuesta estadounidense y aliada a la *Revolución Ogarikov*. En 1976 —poco antes de que Moscú replanteara su estrategia en Europa— el recién creado Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra estadounidense (TRADOC) publicó la nueva doctrina básica terrestre que, titulada *Defensa Activa (Active Defense)*, se fundamentaba en las enseñanzas de la guerra del *Yom Kippur* de 1973<sup>43</sup>. Este trabajo proponía la destrucción de las unidades del segundo escalón del despliegue enemigo antes de que éstas pudieran concentrarse y establecer contacto con las fuerzas propias mediante el empleo del armamento tecnológicamente avanzado (como proyectiles de precisión, misiles antitanque, vehículos de combate de infantería, carros de combate o helicópteros de ataque) que Estados Unidos había empezado a desarrollar para reducir la brecha terrestre con el Ejército Rojo<sup>44</sup>. Sin embargo, esta doctrina fue desechada por el Estado Mayor del Ejército al considerarla ineficaz ante la enorme superioridad numérica de las fuerzas del Pacto de Varsovia<sup>45</sup>.

No obstante, el secretario de Defensa estadounidense, Harold Brown, se interesó por los planteamientos del TRADOC y por las

---

(ed.): *Challenges to Deterrence: Technology, Resources and Policy*, Nueva York, Praeger, 1987, pp. 47-88. En este sentido, Samuel Huntington añade que, en caso de invasión, la OTAN debería responder con una rápida contraofensiva que se adentrara en territorio enemigo. Ello disuadiría a Moscú porque cualquier agresión implicaría la pérdida del cordón de seguridad que le proporcionaban los países del este de Europa. Samuel HUNTINGTON: «Conventional Deterrence and Conventional Retaliation in Europe», *International Security*, 8-3 (1983), pp. 32-56.

<sup>43</sup> TRADOC: *Field Manual 100-5 Active Defense*, Fort Leavenworth, Department of the Army, 1976.

<sup>44</sup> Shimon NAVEH: *In Pursuit of...*, pp. 250-55. Más específicamente, el TRADOC extrajo las siguientes conclusiones: 1) las relaciones iniciales de fuerza no son decisivas; 2) una fuerza numéricamente inferior puede compensar esta desventaja con superioridad tecnológica, procedimientos flexibles y alta movilidad; 3) el ejército que logra hacerse con la iniciativa, triunfa, y 4) el verdadero objetivo no es destruir al enemigo, sino evitar que éste concentre sus fuerzas sobre las propias.

<sup>45</sup> Aunque la *Defensa Activa* sentó las bases de la *Batalla Aero-Terrestre*, actualmente se la considera como un simple «término militar», definido como «the employment of limited offensive action and counterattacks to deny a contested area or position to the enemy». JOINT CHIEFS OF STAFF: *Department of Defense Dictionary of Military and Associated Terms*, Washington, Government Printing Office, 2013, pp. II-b.



aportaciones de aquellos que mantenían que las tecnologías de la información podrían emplearse para compensar la inferioridad numérica de las fuerzas aliadas. Teniendo en cuenta estas ideas y basándose en el concepto de *Ataque en Profundidad*<sup>46</sup> que el subsecretario para la Investigación e Ingeniería William Perry —que entre 1993 y 1997 serviría como titular de Defensa—<sup>47</sup> acababa de definir para explicar la capacidad que tendría el armamento de precisión para destruir las concentraciones de fuerzas enemigas<sup>48</sup>, Brown sintetizó estos conceptos en una estrategia de compensación que denominó *Offset Strategy*.

Plasmada oficialmente en un informe que el jefe del Pentágono presentó al Congreso en enero de 1978<sup>49</sup>, esta estrategia se fundamentaba en el aprovechamiento del potencial tecnológico occidental —especialmente en armas de precisión, medios de supresión de defensas aéreas y sistemas de mando, control, comunicaciones e inteligencia— para multiplicar el poder de las fuerzas aliadas, equilibrando la superioridad cuantitativa del Pacto de Varsovia sin tener

---

<sup>46</sup> Boyd SUTTON *et al.*: «Deep attack concepts and the defence of Central Europe», *Survival*, 26-2 (1984), pp. 50-70.

<sup>47</sup> De hecho, la Subsecretaría de Investigación e Ingeniería llevaba emparejada la dirección de la Defense Advanced Research Projects Agency (DARPA), más conocida por ser la inventora de tecnologías como Internet, el Sistema de Posicionamiento Global (GPS), las armas inteligentes, los aviones invisibles o los *drones*, y responsable —durante la dirección de William Perry (1977-1981)— de los grandes avances militares que sentarían las bases de la *Revolución en los Asuntos Militares*. Richard ATTA (coord.): *Transformation and Transition: DARPA's Role in Fostering an Emerging Revolution in Military Affairs*, Alexandria, Institute for Defense Analyses, 2003.

<sup>48</sup> De hecho, Perry asumió que el armamento de precisión podría revolucionar la guerra: «Precision guided weapons have the potential of revolutionizing warfare [...] if we effectively exploit the lead we have in this field, we can greatly enhance our ability to deter war without having to compete tank for tank, missile for missile with the Soviet Union. We will effectively shift the competition to a technological area where we have a fundamental long-term advantage. [...] The objective of our precision guided weapon systems is to give us the following capabilities: to be able to see all high value targets on the battlefield at any time; to be able to make a direct hit on any target we can see, and to be able to destroy any target we can hit». Comparecencia de William Perry en el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado, 28 de febrero de 1978.

<sup>49</sup> Harold BROWN: *Report of Secretary of Defense Harold Brown to the Congress on the FY 1979 Budget, FY 1980 Authorization Request and FY 1979-1983 Defense Programs*, 23 de enero de 1978.

que recurrir al arma nuclear<sup>50</sup>. Dicho en otras palabras, tal y como planteó Harold Brown, «si nuestro país tiene que enfrentarse a un adversario que disponga de un mayor volumen de fuerzas, una de las soluciones más evidentes es aprovechar nuestra ventaja tecnológica e incorporarla en el equipamiento militar»<sup>51</sup>.

A pesar de que el titular de Defensa consideraba que esta estrategia de compensación debía realizarse en el marco de la OTAN para que los países miembros incrementaran y modernizaran sus medios militares, fue el Ejército de Tierra estadounidense el que llevó más lejos esta voluntad de cambio. Así, desechó definitivamente la *Defensa Activa* por una nueva doctrina ofensiva, basada en la maniobra y caracterizada por la integración de las capacidades terrestres y aéreas: la *Batalla Aero-Terrestre (Air-Land Battle)*<sup>52</sup>. Orientándose nuevamente en las lecciones aprendidas de la guerra del *Yom Kippur*, en 1982 el TRADOC presentó la nueva doctrina básica del ejército<sup>53</sup>. Este documento concebía un campo de batalla integrado, extendido y dinámico, en el que las fuerzas terrestres y la aviación táctica colaborarían estrechamente para realizar operaciones en la profundidad de la línea de frente enemiga y a un ritmo trepidante tal y como habían propuesto los teóricos de la *Blitzkrieg* y consolidado los padres del arte operacional.

El objetivo parecía evidente: si el Pacto de Varsovia invadía el territorio aliado, las fuerzas estadounidenses debían atacar y destruir los objetivos situados en la profundidad del despliegue enemigo con el fin de separar los escalones de ataque de sus refuerzos mientras se repelía el primer escalón, que era el que llevaba el peso

---

<sup>50</sup> Josh DELAUER: «Emerging Technologies and their Impact on the Conventional Deterrence», en Andrew PIERRE (ed.): *The Conventional Defense of Europe: New Technologies and New Strategies*, Nueva York, Council on Foreign Relations, 1986, pp. 40-70. Estas ideas articularán el planeamiento de la defensa estadounidense hasta el final de la Guerra Fría, OFFICE OF THE SECRETARY OF DEFENSE: *Fiscal Year 1984-1988 Defense Guidance*, Washington, Government Printing Office, 1983.

<sup>51</sup> Harold BROWN: *Thinking about National Security: Defense and Foreign Policy in a Dangerous World*, Boulder, Westview Press, 1983, pp. 229-230.

<sup>52</sup> Jeffrey LONG: *The Evolution of U.S Army Doctrine: from Active Defense to Airland Battle and Beyond*, Fort Leavenworth, Command & Staff College, 1991.

<sup>53</sup> TRADOC: *Field Manual 100-5 Operations*, Fort Leavenworth, Department of the Army, 1982. Un interesante estudio de esta doctrina puede hallarse en Richard LOCK-PULLAN: «How to rethink war: Conceptual Innovation and AirLand Battle Doctrine», *Journal of Strategic Studies*, 28-4 (2005), pp. 679-702.

de la ofensiva<sup>54</sup>. Para ello, las divisiones estadounidenses utilizarían los modernos equipos y sistemas armamentísticos recién entrados en servicio o todavía en desarrollo como los misiles de crucero *Tomahawk* equipados con ojivas convencionales, los aviones de reconocimiento y adquisición de objetivos *JSTARS* y *AWACS*<sup>55</sup>, el lanzacohetes *MLRS*, el helicóptero de ataque *Apache*, el helicóptero utilitario *Blackhawk*, el carro de combate *Abrams*, el vehículo de combate y caballería *Bradley* o los proyectiles de precisión<sup>56</sup>. Esta doctrina recibiría el nombre de *Batalla Aero-Terrestre* y constituiría la base de la guerra terrestre estadounidense hasta 1993, cuando fue sustituida por las *Operaciones no-Bélicas*<sup>57</sup>.

Fundamentada en la conducción de operaciones aeroterrestres de alta intensidad, esta doctrina provocó muchas controversias entre los miembros centroeuropeos de la OTAN, especialmente en la República Federal de Alemania. Estos países no sólo temían que la *Batalla Aero-Terrestre* y las *opciones selectivas* incrementaban el riesgo de desatarse una guerra limitada en el continente, sino que en caso de que ésta estallara, las primeras acciones de defensa se realizarían en suelo alemán. En consecuencia, tal y como ya había sucedido años atrás, coincidiendo con la sustitución de la represa-

---

<sup>54</sup> Recuérdese que las estimaciones de fuerza planteaban que el primer escalón de un ataque contra la Alianza Atlántica se realizaría con un máximo de veinticuatro divisiones mecanizadas (con ratios puntuales de ocho divisiones enemigas por cada división aliada dependiendo del punto de entrada), quedando treinta y cuatro divisiones del Pacto de Varsovia como apoyo al ataque. John MEARSHEIMER: «Why the Soviets...», pp. 6-28.

<sup>55</sup> Zeev BONEN: «The role of target acquisition in combat intelligence past and future», *Intelligence and National Security*, 4-1 (1989), pp. 119-126.

<sup>56</sup> Una relación de los programas prioritarios para implementar esta estrategia puede hallarse en William PERRY: *The FY 1981 Department of Defense Program for Research, Development, and Acquisition*, Washington, Government Printing Office, 1980, pp. II-1.

<sup>57</sup> Consideradas como el conjunto de operaciones que el ejército estadounidense debería realizar en la posguerra fría, las *Other Operations Than War* comprendían labores de interposición, estabilización, imposición de la paz, apoyo militar a las tareas de reconstrucción, rescate de no-combatientes, demostración de la fuerza, imposición de la paz, contrainsurgencia, contraterrorismo o ataques limitados. John BROWN: «The Maturation of Operational Art: Operations Desert Shield and Desert Storm», en Michael KRAUSE y Cody PHILLIPS: *Historical Perspectives...*, pp. 439-481.

lia masiva por la respuesta flexible, estos países preferían la disuasión nuclear<sup>58</sup>.

Con independencia de los riesgos motivados por la *Batalla Aero-Terrestre*, estas ideas serían adaptadas y aplicadas —aunque con muchas salvedades— en el seno de la OTAN con la formulación del *Plan Rogers*. Definido por el general estadounidense Bernard Rogers —comandante supremo aliado en Europa entre 1978 y 1987—, este proyecto pretendía incrementar y modernizar los medios convencionales aliados para reforzar la disuasión y permitir la implementación de la *Follow-On Forces Attack* (FOFA) o ataque a las fuerzas de segundo escalón<sup>59</sup>. Al igual que su contraparte estadounidense, esta doctrina se fundamentaba en el empleo de las fuerzas mecanizadas y la aviación táctica a disposición de la OTAN para destruir los objetivos enemigos situados en la segunda línea de frente mientras se repelían las fuerzas de vanguardia, que eran las que llevarían el peso de la ofensiva y cuya destrucción minimizaría el impacto de una guerra de maniobra en suelo alemán<sup>60</sup>. Dicho de otra forma:

«La batalla aeroterrestre proporcionó la fórmula para que el ejército estadounidense pudiera repeler un ataque convencional a gran escala del Pacto de Varsovia: mejor tecnología, tácticas y adiestramiento, cualidades que convertirían en irrelevante la superioridad numérica enemiga. Además, ésta supuso la adopción de un nuevo estilo de guerra americano que, gracias a las nuevas tecnologías, permite atacar a distancias sin precedentes, de repente y con una fuerza y violencia abrumadoras, cegando y desconcertando al enemigo. Para desarrollar estas nuevas capacidades era necesario transformar la fuerza, objetivo que justificó la adquisición de nuevos equipos y financiar los ejercicios necesarios para ensayar nuevas doctrinas y mejorar las habilidades de la tropa»<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> Stephen CIMBALA: «NATO Strategy and Nuclear Weapons: a Reluctant Embrace», *Parameters*, 18-2 (1988), pp. 51-62.

<sup>59</sup> Bernard ROGERS: «Follow-On Forces Attack (FOFA): Myths and Realities», *NATO Review*, 32 (1984), pp. 1-9.

<sup>60</sup> No obstante, téngase en cuenta que para identificar, seguir y batir estos objetivos situados en el segundo y tercer escalón del despliegue enemigo era necesario que los países aliados modernizaran sus fuerzas convencionales, lo que requería una ingente inversión en defensa que los socios europeos no estaban dispuestos a asumir. John PETERS: «Evaluating FOFA as a deterrent», *The RUSI Journal*, 132-4 (1987), pp. 39-44.

<sup>61</sup> Andrew BACEVICH: *The New American Militarism: How Americans are Seduced by War*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, p. 45.

Como puede observarse, la estrategia que propuso Estados Unidos para compensar la superioridad numérica del Pacto de Varsovia en Europa, y materializada tanto en la *Batalla Aero-Terrestre* estadounidense como en la FOFA aliada, se fundamentaba en la calidad tecnológica, táctica, operativa, organizativa o en instrucción y adiestramiento de mandos y tropa. Por lo tanto, la tecnología —ya fuera en forma de sistemas de mando y control, nuevas plataformas o proyectiles de precisión— era un elemento necesario pero no suficiente para hacer realidad estos nuevos planteamientos más ofensivos<sup>62</sup>. Sin embargo, la tecnología adquirió un papel fundamental cuando los teóricos militares soviéticos forjaron el concepto *Revolución Técnico-Militar* para definir el impacto de estos nuevos planes de operaciones más ofensivos y basados en la superioridad cualitativa aliada en hombres y material<sup>63</sup>.

Como marxistas ortodoxos defensores del materialismo histórico, los tratadistas soviéticos eran reticentes en aceptar cualquier superioridad occidental basada en elementos ajenos a la tecnología como la iniciativa, la flexibilidad o la calidad del personal<sup>64</sup>. Así, concluyeron que los nuevos *complejos de ataque automatizados* (nombre que emplearon para definir la integración de los sistemas de mando, control, comunicaciones, ordenadores e inteligencia con las armas de precisión) desarrollados en Occidente eran revolucio-

---

<sup>62</sup> Sin embargo, en Estados Unidos también existía la tendencia a priorizar la vertiente tecnológica del cambio. Anthony CORDESMAN: «Technology and the search for conventional options: Religion versus reality», *The RUSI Journal*, 134-1 (1989), pp. 52-60, o Steven CANBY: «The quest for technological superiority a misunderstanding of war?», *The Adelphi Papers*, 29-237 (1989), pp. 26-40.

<sup>63</sup> Según estos expertos, durante el siglo XX se habían desarrollado dos revoluciones, una durante la Primera Guerra Mundial motivada a la invención de la aviación, el motor a explosión y el armamento químico, y que culminó con la guerra mecanizada y el bombardeo estratégico, y la segunda durante la Segunda Guerra Mundial, motivando el desarrollo del arma nuclear, los cohetes y la cibernética. No obstante, los avances tecnológicos en el campo de la informática y las comunicaciones que estaban produciéndose en los países occidentales mediaron para que estos analistas identificaran un tercer periodo revolucionario capaz de producir *complejos de ataque automatizados* que proporcionarían a los ejércitos que los adoptaran una apabullante superioridad convencional. Dale HERSPRING: «Nicolay Ogarkov and the scientific-technical revolution in soviet military affairs», *Comparative Strategy*, 6-1 (1987), pp. 29-59.

<sup>64</sup> Eliot COHEN: «A Revolution in Warfare», *Foreign Affairs*, 75-2 (1996), pp. 37-54.

narios, pues permitirían que cualquier fuerza que los integrara pudiera enfrentarse a una formación mayor que ella y derrotarla con suma facilidad<sup>65</sup>.

El mariscal Ogarkov fue el primero en alertar de los potenciales efectos de esta revolución al constatar que «los proyectiles guiados y de precisión, los aviones no-tripulados y los sistemas de control electrónicos permiten incrementar de manera exponencial el poder destructivo del armamento convencional, asimilándolo en términos de efectividad y eficiencia a los ingenios de destrucción masiva»<sup>66</sup>. Esta declaración tenía una lectura muy clara: en caso de desatarse una guerra en Europa, la Alianza Atlántica podría derrotar al Pacto de Varsovia sin recurrir al empleo del arma nuclear<sup>67</sup>. Esta posibilidad no sólo minaba la estrategia del Kremlin de poseer más fuerzas que la OTAN y desaparecía el precario equilibrio existente entre Washington y Moscú en el continente, sino que aumentaba la vulnerabilidad del Pacto de Varsovia y aumentaba el riesgo de que Estados Unidos atacara a la Unión Soviética<sup>68</sup>. Además, Ogarkov alertó de que su país carecía de la preparación, la organización o la infraestructura industrial necesaria para desarrollar estas tecnologías, por lo que no podría competir con Occidente en una nueva carrera de armamentos basada en las tecnologías de la información<sup>69</sup>.

Aunque la Guerra Fría acabó abruptamente y sin la necesidad de poner a prueba estos planteamientos, estas ideas acerca del impacto estratégico de las tecnologías de la información no sólo acabarían sentando los pilares de la *Revolución en los Asuntos Militares*, una idea que articularía el debate mundial en asuntos de

---

<sup>65</sup> Mary FITZGERALD: *Impact of the RMA on Russian Military Affairs*, Washington, Hudson Institute, 1988.

<sup>66</sup> Mary FITZGERALD: *The Impact of the New Technologies...*, p. 103.

<sup>67</sup> James MCCONNELL: «Shifts in Soviet Views on the Proper Focus of Military Development», *World Politics*, 37 (1985), pp. 317-343.

<sup>68</sup> Dennis GORMLEY: «The impact of NATO doctrinal choices on the policies and strategic choices of Warsaw pact states», *The Adelphi Papers*, 26-206 (1986), pp. 20-34. De hecho, este temor fue expuesto en un informe de la CIA desclasificado en 1996, CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY: *Implications of Recent Soviet Military-Political Activities*, SNIE 11-10-84/JX, 18 de mayo de 1984.

<sup>69</sup> Hugh BEACH: «Emerging technology and the Soviet dilemma», *Defense Analysis*, 1-2 (1985), pp. 131-133, y Mary FITZGERALD: *The Impact of the New Technologies...*, pp. 103-105.

defensa durante la década de los noventa y orientaría el planeamiento militar estadounidense hasta 2001<sup>70</sup>, sino que también las lecciones aprendidas de este convulso periodo servirán como base de la tercera estrategia de compensación por la que Washington pretende garantizar su supremacía militar presente y futura. No obstante, esto ya es otra historia...

## Conclusiones

En cinco años, el balance de fuerzas en Europa y la estrategia militar de ambos bloques se transformó por completo. La etapa de distensión que había culminado con el Acta Final de Helsinki se truncó poco después con la *Revolución Ogarkov* enfocada a facilitar la invasión de Alemania y el despliegue de los *euromisiles* para erosionar la cohesión de la OTAN. Estos movimientos no sólo incrementaron el ancestral temor acerca de la incapacidad aliada para defender el continente y pusieron a prueba el compromiso americano con la seguridad europea, sino que parecían constituir la antesala de la guerra. No obstante, esta situación pronto cambió: la determinación aliada por desplegar unos misiles susceptibles de decapitar el liderazgo soviético, la redefinición de la doctrina nuclear estadounidense para posibilitar un conflicto atómico limitado y su voluntad de dotarse de un escudo antimisiles impenetrable o el diseño de una ambiciosa estrategia de compensación convencional basada en la modernización doctrinal y tecnológica para repeler cualquier agresión del Pacto de Varsovia alteraron definitivamente el balance de fuerzas europeo a favor de la Alianza Atlántica y sentaron las bases de una revolución militar que guiaría el debate estratégico años después.

Posiblemente, este desequilibrio militar, que alteró el balance defensivo en Europa, acabó definitivamente con la estrategia soviética en la región e incrementó la sensación de amenaza que se cernía sobre el país, medió para que en 1984 Moscú aceptara el ofrecimiento estadounidense de iniciar un nuevo marco de relaciones

---

<sup>70</sup> Guillem COLOM: *Entre Ares y Atenea: el debate sobre la Revolución en los Asuntos Militares*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2008, y Mary FITZGERALD: *Impact of the RMA...*, pp. 12-23.

internacionales fundamentado en una disuasión creíble y una competición pacífica, y ambos bloques negociaran medidas de fomento de la confianza mutua para incrementar la estabilidad regional. Afortunadamente, el fin del mundo bipolar acabó con el fantasma de una gran guerra en Europa y evitó que los planteamientos militares expuestos en este artículo se pusieran a prueba.